Yo me acercaba á la ventanilla sintiendo en la garganta una molesta opresión.

—¿Hay carta para Isabel Ortego?

El empleado contestaba:

—¿Trae usted cédula?

—¿Cómo?—respondía yo avergonzada, adelantando el busto y poniéndome una mano detrás de la oreja.

—¡Que si trae usted cédula!

—¡Ah, sí... sí señor!...

Era una cédula antigua, á la que yo, corrigiendo la fecha de su expendición, dí nueva validez. La Lista de Correos es el centro á donde converjen los vagabundos de cada ciudad ó cuantos, por algún concepto, viven fuera de lo legal: allí reciben sus cartas los que no tienen casa, los mercaderes que realizan negocios poco limpios, los maridos adúlteros, las esposas livianas, las heteras que padecen un amo de quien deben guardarse; las irregulares, en fin... ¡Oh! ¡Cuántos volúmenes podrían componerse narrando los amores, las estafas, los criminales propósitos de infanticidio ó violación, y también las historias de abandono, de miseria y de lágrimas, que han pasado por aquella ventanilla de la calle Carretas...

Como era de preveer, mi esperanza de recibir carta de Julio Maldonado, quedó incumplida. Hacía mucho tiempo también, más de un año quizá, que ni Milagro ni Justino me escribían: súbitamente me acometió la idea de que sus cartas podrían haberse perdido. Alarmada por este pensamiento interrogué al cartero, quien me aseguró no haber visto ningún sobre dirigido á mi nombre.

—Si viese usted alguno—repuse,—y yo me hubiera mudado de aquí, le ruego me lo deje en Lista de Correos.

Muchas tardes, cediendo á inspiraciones seniles, bajaba al portal, donde esperaba al cartero, que casi siempre me saludaba sin detenerse. ¡Jamás me trajo nada!... ¡Nada!... ¡Oh!... saber que el mundo es tan grande, que hay tantas naciones, tantas ciudades, tantos millones de individuos, y que durante meses y años enteros, no hay en esa humanidad ni un pensamiento, ¡ni un solo pensamiento dedicado á nosotros!.., ¿Cabe concebir nada más horrible?...

—¡Ah, soñadores que os levantáis todas las mañanas llevando en el pecho, con el presentimiento de algo inesperado, la alegría de una ilusión nueva!... ¿Acaso no sufristeis nunca la tristeza infinita que deja tras sí el cartero que pasa de largo ante vuestra puerta?...

VIII

Nota del autor

Desde este momento las *Memorias* de Isabel Ortego, pierden su unidad: las últimas cuartillas son un manojo de notas inconexas, escritas con letra impaciente y rápida: caracteres mal diseñados, cuadros inconcluídos, momentos psicológicos descritos atropelladamente y bajo el imperio de una impresión... todo perdido bajo el difumino nivelador de una melancolía inmensa. Estas notas, sin embargo, van publicadas á continuación ajustándome fielmente al manuscrito que de manos de Isabel Ortego recibí, con lo que el lector podrá seguir derechamente y sin obstáculos ni tropiezos, la cruel línea descendente recorrida por aquel gran espíritu en su doloroso crepúsculo.

5 Junio

Estoy sirviendo en casa de la valenciana Amalia Pérez y de la francesita Georgina, que tienen en la calle Barbieri un entresuelito muy lindo. Mis amitas suelen incomodarse conmigo por mi excesiva afición al aguardiente, pero me respetan porque conocen mi historia, la nobleza de mi corazón y la fidelidad maternal con que custodio y defiendo sus intereses. Realmente, más que una criada, soy para ellas un aya ó señora de compañía: me han comprado ropa interior de la que me hallaba completamente desprovista y dos trajes negros; muchas veces las acompaño al campo, cuando van con hombres desconocidos de quienes temen alguna celada, y al teatro. Yo, que las quiero bien, me desvivo por servirlas, y me enfurezco conmigo misma cuando mi sordera me deja incurrir en alguna indiscreción ó torpeza.

Amalia Pérez tiene veintidós años y es de mediana estatura y muy redonda y apretada de senos y de caderas: generalmente lleva los negros cabellos peinados hacia atrás; los ojos también son negros: baila tangos y canta á maravilla y tiene una boca preciosa. Muchas tardes, yo, recordando mis buenos tiempos, la invito á bailar y pasamos ratos muy divertidos: Georgina, echada en un sillón, ríe hasta llorar, sujetándose el vientre con ambas manos; Amalia canta y baila, y como yo no la oigo bien, levanto los brazos y las piernas tan á destiempo y fuera de propósito, que mis amas se despican de risa. Mis pies, calzados con viejas chanclas, están ya muy torpes; las faldillas de percal

que llevo en casa, apenas me cubren las piernas; sobre el abdomen, un poco hinchado por la falta de corsé, cuelgan y tiemblan los lacios pechos; los vaivenes y agachadillos de la danza desanudan mis blancos cabellos: todo esto me ofrece doblemente grotesca y ridícula, con lo que experimento extraña satisfacción; he perdido el sentimiento de la coquetería, convencida de que no puedo agradar; soy una especie de clown triste que sólo aspira á divertir exagerando su propia fealdad.

Georgina parece más joven que su amiga; es alta, delgada y tiene una cabecita adorable, sonrosada y redonda como una cabeza de muñeca; sus cabellos son rubios, el timbre pastoso de su voz y sus estridentes carcajadas de loca, me recuerdan las alegrías nerviosas de Carmen Arellano, y largas historias repletas de desilusiones y de lágrimas pasan por mi frente.

Amalia y Georgina, que gustan de andar por casa medio desnudas, están siempre midiéndose las pantorrillas y los brazos. Amalia Pérez quiere enflaquecer; la francesita, por el contrario, en su anhelo de engordar, ha empezado á tomar píldoras de arsénico. Frecuentemente las sorprendo examinándose delante de un espejo.

—Estoy más delgada que antes—dice Amalia.

—Y yo—responde Georgina—mucho más gruesa.

Después se azotan y se besan: las noches en que sus amigos no van á verlas, suelen dormir juntas. Dicen que Georgina y su amiga se quieren torpemente. Tal vez: ni lo sé, ni me importa... ni las censuro.

. . . . . .

Noches atrás estuve cenando con mis amas y una joven llamada Matilde en un comedor de Fornos; nos acompañaban tres caballeros aristócratas, muy planchados y elegantes, que me recordaron mis buenos tiempos. Todos charlaban formando alegre y ensordecedor guirigay; yo, comprendiendo mi inferioridad, comía y callaba, ocupando en la mesa el menor espacio. ¡Y pensar que veinticinco años antes hubiera sido la reina indiscutible de esta fiesta!

Uno de aquellos señores, advirtiendo mi tristeza ó la frecuencia con que yo llenaba de vino mi vaso, me ofreció una copa de champagne, que apuré de un trago.

—Beba usted más—dijo.

—Háblala recio—interrumpió Amalia,—porque es sorda.

Yo repuse:

—Gracias, caballero; no me atrevo á beber tanto; temo emborracharme.

—¡No importa! — exclamó llenando nuevamente mi copa de champagne,—¡no importa!... De aquí el más cuerdo ha de salir á gatas.

Tal predicción, efectivamente, no parecía exagerada: á los postres todos estábamos borrachos: Amalia Pérez y Matilde se habían quitado los corsés; Georgina bebía el vino en los labios de su amigo; yo acodada sobre la mesa para guardar mejor el equilibrio, hacía esfuerzos heroicos por conservar el imperio de mí misma. La tristeza me invadía; era una meditación imbécil, gris como las columnas de polvo que el viento levanta en los caminos: yo moriré y la juventud, una juventud que no me amó, seguirá riendo y cantando...

Se referían chascarrillos y anécdotas. Alguien dijo:

—Tú, Isabel, cuéntanos algo...

Otro añadió:

—Sí, eso es; tú, que eres vieja, debes de saber muchas historias; cuenta, cuenta.

Todos hablaban.

—¿Quién te engañó, Isabel?...

—¿Cuánto dinero cobraste por tu primera noche? ¡Dilo, sin mentir!...

Georgina acudió en mi auxilio.

—¡Isabel—exclamó—no se acuerda de nada.... Oid; quiero referiros una historia muy rara.

Los más díscolos prestaron atención, porque el vino, á ratos tiene curiosidades vehementísimas. Georgina comenzó á hablar: en cierto café de París, una noche de orgía, conoció á un joven inglés silencioso y frío como una estatua: una impasibilidad absoluta helaba sus facciones, no movía los brazos, sus ojos azules no parpadeaban. No obstante, decían que era un hombre de fuego á quien las cortesanas de Londres devoraban muchos millones. El exterior impenetrable de aquel alma ardiente, cautivó á Georgina, idólatra de lo raro, obligándola á descubrir por sí misma el misterio de la estatua.

—¿Y qué?—preguntaron todos.

—Nada concluyó la narradora,—que sufrí una desilusión: era un hombre como los demás...

La historia de la francesita fué mal recibida; nadie comprendió su psicología. Entonces Amalia pidió la palabra para referir la historia de su primer desliz y el extraño espaldarazo con que su iniciador la graduó mujer de mundo. Aquello prometía ser interesante; todos escucharon.

Perezosamente Amalia habló. Fué aquel un lance muy sencillo, muy vulgar. Ella acababa de llegar á Madrid, tenía dieciséis años y estaba de camarera en una casa de huéspedes. Allí el trabajo era grande, el sueldo escaso; Amalia madrugaba con la aurora y por las noches se recogía muy tarde, después que todos estaban acostados: entonces, metida en su lecho, la pobre lugareña lloraba de aburrimiento, acariciando la visión de venturas inciertas y grandes. Un domingo por la noche, volviendo del teatro, conoció al pintor Paco Lasanta, quien la deslumbró y sedujo en pocas horas... Y fué porque había de ser, porque la virginidad es un dique opuesto á la ambición de las mujeres pobres. Poco después el pintor olvidaba su conquista; ella que le quería, le buscó varias veces y siempre le hallaba junto á una ventana del café Suizo, bromeando con un grupo de amigos.

—Una tarde de Agosto—prosiguió Amalia,—Paco, en vez de saludarme desde lejos como otras veces hacía, salió á la calle, con lo que me puse muy colorada, pues yo era una mozuela casi andrajosa y él un hombre elegante y de mundo.—«¿Qué haces?»—preguntó.—«Ya ve usted—repuse bajando los ojos,—lo de siempre: servir...»—Pues eres muy bonita—dijo—y no mereces estar así; ven mañana y te haré un regalo...» Al día siguiente, no bien me vió, salió del café, entregándome allí mismo, delante de los transeuntes admirados, un corte de vestido, un billete de cincuenta pesetas y un florero repleto de varas de nardo.—«¡Ea—exclamó;—ya eres una mujer independiente! Acabo de darte una profesión: la de florista: un padre no hubiera hecho más por ti...»

Amalia calló, refrescándose la garganta con un trago de champagne; los hombres aplaudieron; aquella anécdota era picante, original y bonita. Matilde pidió autorización para hablar; la aventura que prometía referir era más interesante que ninguna otra, por referirse, aunque de soslayo, á lo que en momentos tales estaba sucediendo allí.

—Gracias á ella—prosiguió—paso la noche con vosotros.

Estoy cierta de que nadie, excepción hecha de mí, comprendió la triste y folletinesca originalidad del lance por Matilde contado; y no es de extrañar que así fuese, pues únicamente yo me hallaba al tanto de ciertos íntimos y muy reservados pormenores.

En cierta capillita del barrio Chamberí, decía misa un anciano cura que fué actor, y con quien Matilde, muchos años antes, cuando don Rafael aun no se había retirado del teatro, tuvo relaciones y un hijo. La mañana del día en que ocurrió lo que voy refiriendo, don Rafael probablemente, acababa de echar con mano distraída la absolución sobre la cabeza de la última devota que fué á importunarle con sus confesiones, y permanecía en el confesonario absorto, evocando sus ya remotos triunfos de actor, sus ambiciones pretéritas, sus viajes y toda aquella vida de telón adentro, abigarrada y mareante como la sucesión de paisajes que huyen ante las ventanillas de los trenes en marcha; y acaso lloró también una vez más la ingratitud de Matilde, quien,

con sus desvíos, le sugirió la idea de tonsurarse, echando por sus hombros aquella austera sotana que le separaba del mundo. En medio de tal derrumbamiento, personas que le conocieron bien, sabían que el viejo sacerdote conservaba una fe, dije y tesoro de su alma; fe candorosa, ingenua como una oración infantil: la seguridad de que Matilde no le burló nunca, de que no perteneció á nadie mientras fué suya, y de que el hijo que tuvieron, y que murió á poco de nacer, era de los dos...

Matilde empezó explicándonos su amor á la Virgen: este cariño la redimía y ensalzaba; la Virgen, todo misericordia, comprendía las veleidades de su corazón pecador; mientras la Virgen viviese dentro de ella, Matilde estaba segura de no ser enteramente mala.

Aquella mañana Matilde experimentó repentinos y vehementes deseos de confesarse, concretando en palabras lo que en su alma tan bien guardado tenía, y deseos de ver á la Virgen; pero no en un templo aristocrático, sino en una de esas capillitas de los arrabales, ocultas entre dos casas muy altas: representósela de pie sobre un altar, con su amplio manto de terciopelo carmesí, su largo semblante hebraico, sus grandes ojos inmovilizados por el dolor... Matilde llamó á su doncella, dando orden de que preparasen el coche. Entretanto volvió á adormecerse: se veía atravesando el pórtico de la iglesia, persignándose luego junto á la pila del agua bendita, después atravesando la nave desierta, más tarde de hinojos ante la verja de una capilla anegada en la penumbra soñadora de los santuarios...

Matilde llegó á una iglesia pobre donde jamás estuvo y cuyo nombre desconocía. Por los altos ventales del templo penetraba una luz triste y blanca, como la que vierte la luna sobre las aldeas escandinavas dormidas entre la nieve; ante la imagen de un Cristo agonizante, una lamparilla de aceite chisporroteaba; diseminadas por los rincones varias devotas jesuseaban en voz baja, con un tonillo somnífero como el zumbido del moscón que aletea en un cuarto cerrado; la humedad había pintado grandes manchas negruzcas en la parte inferior de los muros enyesados; dentro, en la sacristía, resonaba el golpeteo insólito de un postigo que el viento abría y cerraba violentamente. Bajo la sombra que proyectaba la escalerilla del púlpito, había un confesonario, dentro del cual se insinuaba la silueta de un cura viejo, que parecía dormir con un devocionario abierto sobre las rodillas. Matilde se acercó. Don Rafael, despertado bruscamente de sus pensamientos, miró á la pecadora entreviendo un rostro joven que las blondas de una espesa mantilla ocultaban, y que, seguramente, había visto otra vez...

—Padre...

—Hija mía...

Empezó la confesión; fué una franca confesión de mujer arrepentida sinceramente: lo dijo todo, todo... con la valentía tranquila del moribundo que ya nada puede temer de los hombres. Refirió su llegada á Madrid, su caída, sus errores sucesivos. Al pronunciar el nombre del actor Rafael Marín, el cura lanzó un suspiro ahogado.

—No he vuelto á saber de él—dijo Matilde;—probablemente ha muerto: ¿le conoció usted?

—Sí, mucho...

Animada por el silencio de aquella iglesia pobre, un silencio absoluto como el que flota sobre los cementerios rurales y por aquel cura viejo, de raída sotana, que sólo estaría acostumbrado á recibir confesiones vulgares de mujeres plebeyas, Matilde siguió hablando; á Rafael le quiso mucho; después empezó á olvidarle poco á poco, hasta que la pasión murió á manos del cansancio; el hastío es enemigo terrible que siempre hiere en el corazón...

—Lo que no me perdono—añadió,—es haberle engañado, cuando él, creyéndome buena, aun tenía puesta toda su alma en mí.

También habló de su hijo; un niño que Rafael Marín tuvo siempre por suyo...

Terminó la confesión y el cura nada dijo; el dolor cruelísimo de aquellas revelaciones le había privado de conocimiento; su rostro parecía más lívido, sus cabellos más blancos. La joven, extrañando aquella quietud, se puso en pie y miró: el anciano clérigo estaba inmóvil, con la cabeza y los brazos colgantes y la boca entreabierta...

—¡Se ha dormido!—pensó Matilde.

Y salió de la iglesia.

—Al llegar á la calle—prosiguió la narradora,—me encontré con Amalia y Georgina, que llegaron como caídas del cielo. Georgina me habló de vosotros, invitándome á cenar en vuestra compañía; esta proposición, espantando mis recuerdos, se llevó con ellos mis penas; la alegría de vivir tornó á apoderarse de mi alma. «¡Viva la vida!» exclamé: y aquí me tenéis...

Calló, vaciando majestuosamente una copa de vino.

—¿Y el cura?—preguntaron todos,—¿qué fué del cura? ¿Te echó la absolución?

Matilde lanzó una alegre carcajada.

—¡Ah!... ¿No sabéis?—dijo,—¡un lance muy chusco!... ¡El cura no pudo absolverme!

—¿Cómo? ¿Por qué?...

—Porque, oyendo mi confesión, el pobre hombre, que es muy viejecito, se quedó dormido.

—¡Dormido!—repitió Amalia.

—Sí.

—¿De veras?

—Palabra de honor.

—¡Naturalmente! — exclamaron aquellos caballeros,—¿qué les importan á los viejos las novelas de amores? Te digo que el desenlace de tu aventura tiene gracia... ¡muchísima gracia!...

Y todos reían felices, levantando sus copas.

. . . . . .

. . . . . .

5 Febrero.

En otra orgía he conocido al marqués del Atajo, don Vicente Spart. Actualmente tiene relaciones con Georgina. Es un hombre griego, ágil, musculoso y bello como Antinóo; aun no ha cumplido treinta años; va completamente afeitado y sus cabellos son negros, ensortijados y cortos; su voz y sus genialidades me recuerdan las de Paco Narbona, pero éste era más irascible y sus borracheras, generalmente, tenían mal epílogo. Vicente Spart deja que Baco y Cupido presidan su juventud; bebe hasta caer y se desperece por las mujeres: tiene un médico que le acompaña en todas sus orgías, para cuidarle si riñe y es herido, ó cuando los placeres le dejan rendido, maltrecho ó moribundo. En esto mi espíritu aventurero ve algo neroniano, algo admirable y muy grande que no suele hallarse en los demás hombres: el marqués del Atajo ama y bebe hasta morir; es una indiferencia á la vida y una sed de goces dignas de un emperador romano.

El siguiente rasgo pintará su concupiscencia insaciable de cosaco.

Una noche de borrachera el marqués fué á una casa pública donde permaneció encerrado más de quince días. Cansado de las mancebas que allí había, pidió otras... y luego otras... Las alcahuetas recorrieron los lupanares mejores, buscando prostitutas que ofrecer á la voracidad de Spart. Vicente, no bien las poseía, las rechazaba; su médico no podía contenerle. Como en las plazas de toros el público grita:

—¡Caballos, caballos!

Así el marqués, desnudo y borracho como un fauno, pedía:

—¡Mujeres, mujeres!

Mientras Vicente y Georgina se besaban sobre un diván, yo, sentada á la mesa del festín entre dos botellas de champagne, bebía hasta emborracharme. Es mi única alegría y sólo estoy contenta cuando los objetos empiezan á oscilar á mi alrededor.

El marqués me admira, me sabe grande; el silencio hierático de mi embriaguez llegó á conmoverle. Levantóse como pudo del diván, y acercándose á mí, me abrazó, besando mi frente.

—Tu ancianidad—dijo—es triste y ve-